de unión y de fidelidad á la causa de Cristo y de su Iglesia libertadora. Retribuid nuestro saludo filial, saludándonos una vez más con la celeste frase del Divino Maestro: « La paz sea con vosotros ».

Y mirad, ¡ oh señor ! con cuánta cordialidad bebemos en vuestro honor la copa que levanto en este nuestro banquete fraternal, concentrando en la ternura de mi palabra la armoniosa vibración de los corazones de todos los que aquí estamos.

Señores: levantemos nuestra copa en honor de nuestro querido y venerable prelado. Que Dios bendiga nuestros votos antes de formularlos... Y ahora, señores, pidámosle que proteja su vida, que ilumine su entendimiento, que lo colme de felicidades, porque la lumbre de su espíritu será la luz de la patria, y la felicidad de su vida es la dicha y la alegría de sus hijos.

UNIÓN CATÓLICA DEL URUGUAY.

Discurso pronunciado en el tercer Congreso Católico Uruguayo, celebrado en Montevideo, el mes de Noviembre de 1900.

SUMARIO: El tercer Congreso Católico Uruguayo.—Un lapso de siete años. —Causas.—La Unión Católica.—No se refiere á los artículos de la fe.—Tampoco á formas de gobierno ó tradiciones políticas.— Objeto característico de la Unión Católica del Uruguay.—El partido católico del porvenir.—Cifras de su programa.—Muertos, dormid; no es hora todavía.—El « leader » del futuro.—Clodoveo el sicambro. —Cristo vive, reina, impera.

Excmo. y Rvmo. señor:

Vengo á hacerme el intérprete del espíritu de este tercer Congreso Católico del Uruguay, el eco de vuestro propio espíritu, señores, y á proclamar, una vez más, la constitución de la Unión Católica en la república.

El actual congreso es la continuación del celebrado en Enero de 1893, continuación á su vez del primero de la serie, que tuvo lugar el año 1889, bajo la presidencia del Ilmo. Monseñor Yéregui, de santa memoria y perdurable.

Ha transcurrido, pues, un lapso de siete años, sin que los católicos, dispersos por el territorio de la república, se hayan reunido en estas fecundas asambleas, á pensar en lo que más aman, y á uniformar sus opiniones y sus esfuerzos, en pro de la causa de la civilización cristiana en nuestra vida cívica.

¡ Siete años ! Es indudablemente demasiado tiempo el que hemos pasado sin vernos, señores. Windthorst, *la pequeña eminencia* alemana, llamaba á los congresos católicos, que se reunían en torno suyo, *nuestras maniobras de otoño*. Si lo fueran entre nosotros, muy largo hubiera sido nuestro último invierno ; muy enmohecidas tendrían que estar nuestras armas, y harto atrasados sus sistemas ; muy entumecidas por el frío nuestras manos, y en extremo desteñidos por el sol invernal los colores de nuestra bandera.

¿ Será que el anhelo por la gloria de Dios ha languidecido en el alma uruguya ? ¿ Es que realmente ha decaído el entusiasmo de

otros tiempos en pro de la causa católica? ¿Es que ya los cristianos de esta tierra generosa no quieren hacer del amor á Jesucristo y á su Iglesia su amor soberano, y la suprema de sus glorias? ¿O es acaso que el laicismo católico no se resuelve ya, como en otros tiempos, á aceptar la misión de colaborar en la obra de Dios y de su Iglesia, y está dispuesto á abandonar á ésta en manos de sus enemigos, atraídos los hombres por otros ideales, por otros intereses, que consideran más dignos de sus labores cotidianas, y más merecedores de su esfuerzos y sacrificios?

Nó, señores: yo miro esta asamblea rebosante, y veo que aquí estamos todos; á todos nos anima el espíritu bienhechor de los mejores tiempos. Un toque de llamada ha sido bastante para agrupar de nuevo á los soldados leales que parecían haberse distraído, y para hacerles recobrar la actitud atenta y marcial del que espera, con la mirada fija en el horizonte, las nuevas voces de atención del clarín inteligente. Yo veo aquí á los viejos compañeros de veinte años atrás, unidos á los que en ese largo período de luchas y de esfuerzos han ido engrosando nuestras filas; yo he visto el entusiasmo con que todos los delegados de la república han tomado parte en las deliberaciones de este congreso, y me he convencido ¡gracias á Dios! de que, si ha habido un eclipse en la acción católica colectiva del Uruguay, no ha sido porque haya decrecido en luz ó en calor el astro de la fe, sino porque sobre su disco, siempre luminoso, se ha proyectado la sombra de extraños acontecimientos. De entre esa sombra brota de nuevo, señores, la cara del astro tutelar: es la fe católica que nos llama, y nos sonríe, y nos marca la ruta; es la conciencia del deber que brota del fondo de nuestras almas, dispersando las tinieblas; es Cristo, Cristo Redentor del mundo, que, al finalizar el siglo XIX, nos recuerda que aún vive, que aún reina, que aún impera, y que aún tiene derechos absolutos sobre nosotros.

Estoy hablando, pues, á hermanos incondicionales, á católicos que saben están en la obligación de abrazar la causa de Jesucristo y de su Iglesia en el Uruguay como la causa soberana, y de que su triunfo, en todas las manifestaciones de la vida nacional, debe ser el objeto primordial de sus esfuerzos.

¿Por qué entonces, señores, se me ha encargado que diserte esta noche sobre la Unión Católica del Uruguay? ¿No existe, por dicha, esa unión entre nosotros? ¿Hay alguien que niege con Arrio, por ejemplo, la divinidad del Verbo, ó con Nestorio la unión de la divinidad y de la humanidad en una misma persona? ¿Hay alguno que, con Focio ó con Lutero ó con el filosofismo proclame la rebelión contra el papa, ó el libre examen? ¿Hay católico en esta asamblea, que se sienta inficionado del naturalismo moderno, y niegue la existencia de lo sobrenatural ó la influencia de la gracia divina sobre el hombre degenerado por el pecado original, y condenado por él á la concupiscencia y á la muerte?

Nó, indudablemente: todos creemos en Jesucristo, el Verbo increado que era al principio y estaba en Dios y era Dios; en el Verbo en que estaba la vida; en el que era Luz de los hombres, resplandeciente en las tinieblas; en Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero, Hombre verdadero evocado por el Espíritu Santo en las entrañas virginales de la sola mujer incontaminada, Redentor del mundo por el dolor, el sacrificio y la muerte, Juez que juzgará un día á los vivos y á los muertos, y cuyo reino jamás tendrá fin. Todos creemos en la Iglesia que el Verbo humanado fundó sobre la tierra, sociedad perfecta, de origen divino inmediato, independiente de todo poder humano, superior por su origen y por sus fines á toda otra sociedad, dominadora del tiempo y del espacio, y que comprende en su seno á todos los pueblos y naciones, sin poder ser comprendida por ninguno de ellos. Todos creemos en la existencia de esa Iglesia en el mundo, bajo la dirección infalible del representante de Jesucristo, á quien protestamos nuestra incondicional adhesión, y del obispo que Dios nos ha designado, y á cuya autoridad, de origen también divino, prestamos nuestro filial acatamiento.

Eso creemos; eso, y todo cuanto la Iglesia nos dice que es verdad revelada. Y son esas verdades las que nos unen con vínculo indisoluble, y nos unirán siempre por la misericordia de Dios.

En otros pueblos, señores, dentro de la unidad del dogma y de la doctrina y de las costumbres, existen causas poderosas que han impedido la unión de los católicos, y dado el triunfo, en la sociedad política, á los enemigos de Jesucristo. Divergencias de opinión sobre formas de gobierno, sobre tradiciones políticas, sobre cuestiones dinásticas seculares, han dividido á los católicos, que, empujados por la pasión, muchas veces generosa, pero no siempre regulada por la razón, han empequeñecido la causa eterna de Dios y de su Cristo, identificándola en absoluto en las formas transitorias y fugaces de los hombres, hasta el punto de creer que la destrucción de las antiguas *formas* importa la destrucción de las *substancias* eternamente nuevas. Inútil ha sido muchas veces que el mismo representante de Dios haya hecho oir su voz, con dulzura primeramente, y con severa firmeza después; inútil que haya recordado á sus hijos los principios más elementales de la doctrina católica, según los cuales no hay más autoridad eternamente legítima que la de Dios, fuente única é inagotable de toda autoridad, cualquiera que sea la forma en que ésta se personifique.

El *non serviam* del ángel rebelde se ha dejado oir algunas veces, aun entre los leales; la voz de la pasión ó de la rutina ha dominado la misma voz del vicario de Cristo, y la unión de los católicos ha sido imposible. Su derrota, por consiguiente, ha resultado inevitable, y desgraciadamente merecida, ya que los católicos no deben aspirar á que Dios haga milagros para suplir su inercia, su soberbia, su indisciplina, ó su falta de celo laborioso é inteligente.

¿Existe algo de eso entre nosotros?

Nó, felizmente, señores. Entre nosotros, las nociones de patria y democracia se identifican en nuestra alma, como se identifican la de democracia y la de forma representativa republicana. Todos reconocemos al pueblo, como el cauce natural por donde debe pasar la autoridad, desde su fuente divina hasta los hombres que han de ejercerla en la sociedad; todos queremos y proclamamos y defendemos la misma legitimidad, fundada sólo, como fundamento inmediato, en la voluntad nacional genuinamente representada, que es el medio que más racionalmente conduce al verdadero ideal de gobierno: el gobierno de los más aptos y mejores; todos escuchamos, sin reservas mentales, la palabra del papa, y no sometemos ligeramente la opinión de nuestro obispo á la revisión de nuestra crítica atrevida.

¿Cuál es entonces la unión que en este momento debo yo inculcar á mis hermanos en Cristo y en la democracia, para que el tercer Congreso Católico del Uruguay tenga eficacia y consecuencias perdurables?

Es, señores, la unión en lo secundario, puesto que en lo primario estamos ya unidos; es la unión en aquello que está librado á las controversias de los hombres, en aquello en que todos y cada uno creemos tener razón, con intención recta y completa buena fe; en aquello que diferencia al ciudadano que ama á la patria, del soldado que la defiende formando ejército. Más que la unión católica, estoy, pues, en el deber de inculcar á mis correligionarios la *disciplina de la acción católica*, y, ante todo y sobre todo, la acción misma, el celo por la gloria de Jesucristo Redentor del mundo, tomada como suprema aspiración de la vida, y abrazada como objeto más que suficiente para absorber toda la actividad de nuestra fe de cristianos, y todo el esfuerzo de nuestro carácter de ciudadanos.

No se trata, por consiguiente, de constituir, con la creación de la Unión Católica del Uruguay, una nueva corporación puramente piadosa; la práctica de la Religión se presupone en sus defensores, se presume en la Unión Católica; pero ella no forma el objeto que la caracteriza y diferencia. Se trata de ejercitar una virtud que es más grande aún que la piedad religiosa: la caridad en su acepción más excelsa, que es el celo por la gloria de Dios en la sociedad y en las almas; se trata de constituir el núcleo de la gran masa de elementos cívicos católicos del país; de imprimir á éstos el movimiento tendente á la defensa eficaz ¡eficaz sobre todo, señores! de nuestros principios, contra las agresiones de que son objeto por parte de otras agrupaciones cívicas; se trata de formar, con ese objeto, una entidad directiva, compuesta de estadistas, de pensadores, de publicistas, de hombres prácticos y sagaces, conocedores de los recursos que han de ponerse en juego, y convencidos de que, como ha dicho un gran pensador, el éxito, en la mayor parte de los casos, depende de saber cuánto tiempo es necesario para alcanzarlo; se trata de agrupar inteligencias, experiencias, estudios, actividades, recursos de todo género, para influir á favor de nuestros principios, en la vida cívica de la nación, para rodearlos de los prestigios *humanos*, haciendo nuestros todos los medios buenos ó indiferentes que, según el sentir *general* de las gentes en nuestra época, y no sólo según el sentir de las personas privilegiadas por Dios con el don de la piedad, dan prestigio á las causas en lucha, y las conducen al triunfo. La Unión Católica, señores, no tiene por objeto principal el enfervorizarnos en nuestra vida individual, ni el darnos ocasiones de manifestar ese santo fervor. El simple hecho de no manifestar ese piadoso sentimiento, aunque se experimente vigoroso en el alma, puede llegar á ser, en ciertas ocasiones, una gran virtud en nuestros tiempos, como puede llegar á ser un vicio ó una debilidad su manifestación extemporánea, que muchas veces puede ser una simple ostentación sin grandes quilates de virtud.

Yo, señores, he consagrado, bien ó mal, pero he consagrado mi vida entera á la satisfacción de ese anhelo; todo lo he abandonado y quiero abandonarlo por él. Cual si estuviera ligado por un voto superior á mi voluntad, he renunciado al mundo, para encerrarme en el claustro solitario de mis ensueños de fe, y esperar en él la hora de una resurrección, y apresurarla, si fuera posible, con mi labor sin tregua.

Sí, señores: yo soy un viejo soñador incorregible.

Yo quiero creer que, en estas nuestras asambleas católicas, estamos *haciendo historia.*

Yo he soñado muchas veces en un momento del porvenir de mi patria, de mi patria cristiana, en que un gran partido político se reunirá á recordar estas asambleas, á pronunciar nuestros nombres llamándonos, precursores ó predecesores, y á repetir respetuoso nuestras palabras, las palabras pronunciadas en este congreso, como la gloriosa genealogía de su existencia; yo he visto, en mis ensueños, á todos mis hermanos en la fe, agrupados en torno de la bandera soberana que hoy nos congrega, librar briosos y compactos las generosas batallas de los anhelos populares; yo los he seguido, primero en las derrotas fecundas, después en el clarear de las esperanzas luminosas y, por fin, en las victorias institucionales; yo los he visto prescindir de todo móvil secundario, de todo propósito divergente, y he oído correr entre sus filas numerosas el santo y seña único é inmortal: el mismo, señores, que hoy á nosotros nos congrega: *Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera por los siglos de los siglos.*

Y yo he visto más; he distinguido perfectamente, desde mi claustro, los colores de su bandera que pasaba: eran los de la patria independiente amada hasta el sacrificio; he leído las cifras de su programa: eran las del Evangelio, es decir, las fórmulas únicas y eternas de la verdadera libertad.

En él estaba escrita, y puesta bajo la protección de Dios Omnipotente, la fórmula verdadera de la *democracia*, es decir, *el orden*

civil en que todas las fuerzas sociales, jurídicas y económicas, en la plenitud de su desarrollo jerárquico, cooperan *proporcionalmente* al bien común, para tender, en último resultado, *al bien preponderante de las clases inferiores, al bien preponderante de los pobres*, de los débiles, de los más semejantes á Jesucristo, el Hijo del obrero de Nazaret, el divino pobre crucificado; en él estaba escrita, sin reservas ni reticencias, la *fórmula representativa republicana*, el derecho de los pueblos á hacer oir y á hacer respetar su voluntad, libremente manifestada, en la formación de los poderes públicos, interpretando con esa voluntad popular la voluntad de Dios; pues Dios, que ha dado al hombre el imperioso instinto social, le ha dado la facultad natural de acertar en la designación de los que deben regirla en el nombre del Señor, y para el cumplimiento de su voluntad soberana; yo he leído, en ese programa político del porvenir, un plan de relaciones internacionales, que definirá la personalidad y la misión de nuestra patria en el concierto de las naciones soberanas, y la hará ocupar su puesto de racional influencia; he visto escrita en él la representación proporcional del pueblo en el seno de las asambleas legislativas, la organización comunal que anima y vivifica los diversos núcleos de palpitación en el organismo político, la libertad verdadera de enseñanza, la soberanía del padre de familia en el seno de la sociedad doméstica, la del pueblo en el de la sociedad civil, la de la Iglesia de Cristo, la más santa de las soberanías, en el seno perturbado del universo. Yo he visto á esos mis bravos correligionarios del porvenir, cegar los fosos enemigos con los cadáveres de sus propios derechos desconocidos y atropellados al principio, sin por eso abandonar el orden institucional ni la fe en la labor pacífica y perseverante, y pasar después sobre aquellos cadáveres para escalar la ciudadela que parecía inexpugnable, y realizar en ella los otros artículos de su programa: adelantarse á la sangrienta revolución de las masas, realizando pacíficamente la revolución de las ideas, la que funde los conceptos de justicia y caridad, la que da al Estado cristiano una cierta intervención en la organización económica de la sociedad, en la distribución de la riqueza, en el valor del trabajo humano; acercar á Europa las costas privilegiadas de la patria, abriendo puertos en nuestro espléndido litoral atlántico, en que está nuestro tesoro escondido, el tesoro exclusivo del Uruguay entre todos sus hermanos de la América subtropical; regular el impuesto, no sólo al capital, sino también á la renta; cerrar las aduanas sólo lo suficiente para hacer de ellas fuentes de recursos, sin convertirlas en obstáculos al libre desarrollo de las leyes naturales del intercambio comercial; señalar, tendiendo hacia ellos, todos los progresos, todas las audacias, todas las libertades hijas del principio cristiano, que todas ellas caben, señores, y se desarrollan ampliamente en el cuadro espléndido del Evangelio. Porque ó no existe la democracia en el seno del mundo, señores, ó ella existe, en la plenitud de sus hermosas armonías, en el seno eternamente fecundo de nuestra fe católica, la libertadora del

hombre, la que lo emancipa, no sólo de los tiranos que hacen violencia á su cuerpo, sino, muy principalmente, de los que se la hacen á su alma, arrancándole la libertad: las pasiones, las concupiscencias de los vicios, las soberbias.

Eso y mucho más estaba escrito en el programa del partido de mis ensueños. Con él se conservaba y acataba nuestra constitución, por medio de un régimen concordatorio debido á la inagotable benevolencia de la Iglesia para con sus hijos fieles; con él demostrábamos, como lo hace la Bélgica, la nación más libre y mejor administrada del mundo, que el progreso moral, que se halla sólo en la Iglesia de Cristo, no sólo no está reñido, sino que es el gran propulsor de todos los progresos materiales, pues todos pueden y deben contribuir al reinado de Jesucristo, á la difusión del Evangelio, y á la salvación de las almas; con él reivindicábamos, por fin, ese título de *liberales*, que nos han arrebatado, para hacerse con él una careta siniestra, los eternos enemigos de la libertad cristiana.

Pero, señores, dejemos que esa ráfaga del porvenir pase rápida sobre nuestro presente, despertando sólo lo que debe despertarse. Es ahora en mis labios como la ráfaga aquella de la mañana que, según el poeta, refresca la frente del labrador dormido, y le dice ¡levántate y trabaja!; toca las plumas del gallo entumecido, y le dice ¡despiértate y canta!; sacude las ramas de los árboles inmóviles, y le dice ¡despertad á vuestros nidos!... Pero atraviesa el inmediato cementerio de la aldea que sacude el sueño, y, al pasar sobre las tumbas silenciosas, les dice con un ritmo melancólico y sutil: ¡Muertos, dormid; no es hora todavía!

No es hora todavía, señores; sólo como de un ensueño de nuestras almas podemos hablar del anhelo generoso de la organización política del elemento católico; hay circunstancias que se oponen á ello. Por eso, lejos de excluir la unión eficaz de ese elemento en que están cifradas las esperanzas de la patria, debe estimularnos en la realización de esa unión firme en lo accidental de que antes os he hablado, que es el objeto perseguido por este congreso que celebramos en homenaje á Jesucristo Redentor, y que bien pudiera ser un primer estremecimiento que anuncie la aurora del sábado, el *resurrexit* del ángel luminoso, bajado del cielo para remover la piedra del sepulcro solitario.

Señores:

Ha habido naciones en que, por haberlo merecido, Dios ha suscitado eminentes ciudadanos que, por sus virtudes, sus talentos y sus prestigios, han sido aclamados unánimemente por los católicos, como los caudillos indiscutibles y providenciales de su causa: O'Conell en Irlanda, Mallincrodt y Windthorst en Alemania, Walker Martínez en Chile, han constituído, por sí solos, núcleos de unión y de resistencia primero, y bandera de victoria después.

Entre nosotros, señores, ese hombre de talentos y virtudes excepcionales, ese Windthorst oriental, que pudiera ser por sí solo núcleo de unión y esperanza de victoria, no aparece todavía; el mensajero no ha llegado aún; acaso está en viaje hacia nosotros, y llegará cuando sepamos merecerlo; pero aún no está aquí, ó, si está, no sabemos distinguirlo.

Nos es, pues, indispensable formar una entidad colectiva que lo sustituya, sumar todos nuestros pequeños méritos, todos nuestros pequeños prestigios, renunciar á nuestras opiniones individuales, olvidar, aniquilar nuestra propia personalidad, para fundir, con abnegación cristiana, todos esos méritos, todos esos prestigios en la entidad colectiva que hemos aclamado con el nombre de *Unión Católica.*

Aseguran algunos teólogos, señores, que si se diera el caso de un hombre que hubiera guardado la ley natural, y se acercara á la muerte sin haber podido recibir el bautismo, que es la llave de oro de las eternas puertas azules, Dios enviaría expresamente un ángel que derramara sobre la cabeza de aquel justo las regeneradoras aguas bautismales.

Yo casi me atrevería á afirmar que, si se diera el caso de que el elemento católico oriental fuera fiel á las bases de unión en la acción, que acaba de sancionar libremente en este tercer congreso uruguayo; si llevara lealmente á la práctica la resolución de prestigiar y vigorizar la autoridad colectiva que se ha dado con la elección del directorio de la Unión Católica, Dios suscitaría, tarde ó temprano en el laicato católico oriental, el hombre superior á nosotros, el hombre de inteligencia, de abnegación, de acción y de carácter, de prestigio y de autoridad, á quien podríamos aclamar unánimemente como el caudillo laico providencial que en otros pueblos ha sido la gloria del catolicismo, y el tipo excelso del soldado de Cristo.

Sin ese espíritu de unión y disciplina, señores, no aparecerá jamás el Windthorst de la nación uruguaya; y si apareciera, pasaría inadvertido, así fuera un verdadero genio profético. Sin esa unión, no organizaremos jamás nuestras fuerzas; no estaremos jamás habilitados, por consiguiente, para instaurar y llevar á efecto las grandes reivindicaciones que todos unánimemente anhelamos.

Sí, todos las anhelamos, señores, y quisiéramos realizarlas nosotros mismos, ¿no es verdad? quisiéramos realizarlas en el día de hoy, y muy radicales, muy justicieras, sin transacciones con el mal.

¡Oh, los extremistas, los mártires de deseo! ¡Qué simpáticos son!

Y sin embargo, señores, no siempre son los que deben predominar en la acción cívica, si hemos de seguir el consejo del Evangelio, de ser cándidos como palomas, pero también astutos como serpientes. Esos extremistas, señores, no son, por otra parte, los más perseverantes; no siempre se les encuentra en primera fila en los momentos de acción. Todo *leader* de una grande idea, dice un eminente pensador, tiene que luchar, por una parte, con los enemigos abiertos y declarados de la idea; y, por otra parte, con sus defensores ó abogados extremos, que desean lo imposible, y que dan la mano á sus opositores extremos por tal de batir á los amigos razonables de dicha idea.

El generoso anhelo de realizar hoy mismo, sin pérdida de minuto, nuestros propósitos, señores, me recuerda la historia de Clodoveo, el rey sicambro, aun fiero y recién convertido al cristianismo. Cuando (con los ojos muy abiertos y apoyado en su enorme mandoble, oía el doloroso relato de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; cuando se le narraban sus persecuciones, su prisión, sus escarnios, sus suplicios, su muerte ignominiosa en medio del abandono de los hombres, el nuevo cristiano semibárbaro sentía que se estremecían todas las fibras de su sér, apretaba nerviosamente el puño de su espada, y decía siniestro, y noblemente rencoroso: *¡oh, porqué no estaba yo allí con mis francos!* En lugar de decir, como debe decir un cristiano, *¡oh, porqué no estaba yo allí con mis pecados!*»

No debía el sicambro, señores, desear pelear á todo trance por Cristo, sino sufrir con Cristo; no debía desear matar con sus francos á lo judíos perseguidores y deicidas, sino matar, ante todo y sobre todo, sus propias pasiones, su falta de caridad, su fe en sí mismo con prescindencia de la inspiración y del auxilio de Dios. De la indiferencia á la muerte de la fe, no hay más que un paso, es cierto, señores; pero no es mucho mayor la distancia que separa el celo puramente humano, de la soberbia y de la muerte de la caridad.

Cuando consideremos, pues, señores, las persecuciones de que es objeto la Iglesia, no pensemos, como el bárbaro sicambro, ante todo y sobre todo, en aniquilar á sus perseguidores; pensemos antes en nuestras indiferencias para con la causa de Jesucristo, que nos hacen ser católicos *después de todo*, en vez de serlo *antes que todo;* pensemos en nuestros actos de soberbia ó de amor propio, que dificultan la unión de los católicos, único medio de luchar con eficacia; pensemos en la adhesión desordenada á nuestros propios pareceres, que hace que, como dice Kempis, seamos movidos muchas veces por la pasión, cuando creemos que somos movidos por el celo. Pensemos en eso, señores; ratifiquemos una y mil veces las protestas de unión católica que hemos formulado con tanto entusiasmo en este congreso, y dejemos á Dios el resto.

Cristo no necesita, para triunfar, de la espada del rey franco; si El rogara á su padre, éste le enviaría doce legiones de ángeles para defenderlo; pero El, en su misericordia infinita, no ha querido arrebatar al hombre la gloria de reemplazar á los ángeles en esa pugna sublime.

Démosle gracias, señores, porque nos ha elegido para tan excelsa misión, y bendigamos una y mil veces su nombre, porque nos ha permitido unir nuestra voz á la voz del universo, que, al finalizar el siglo XIX y comenzar el siglo XX, aclama á Jesucristo Redentor de la humanidad, y hace flotar entre el cielo y la tierra el inmenso clamor de gratitud y de esperanza: CRISTO VIVE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA, POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.